

fueron rechazadas por sus enemigos, entre cuyas manos dejaron un número fabuloso de riquezas.

Fiestas espléndidas hizo la república para celebrar sus victorias; y los otomíes resueltos, y los mas distinguidos defensores de Tlaxcallan, fueron recompensados. Los mas bravos de entre ellos recibieran la dignidad de Textli, que era la mas elevada de la república; y otros jefes otomíes tuvieron en matrimonio á las hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

El señor del Anáhuac pudo, á haberlo querido, continuar con empeño aquella guerra, y habria acabado por esclavizar á los tlaxcaltecas, puesto que estos con todos sus recursos y todo su poder eran mas débiles que los mexica; y solo se concibe que no prosiguiera la campaña, por el intento de dejar subsistir á las puertas del imperio aquella potencia rival, con el objeto de tener siempre con quien combatir, y á quien hacer prisioneros para inmolarlos en las fiestas de sus dioses.

XI.

En una de esas campañas tan frecuentes entre ambos pueblos, cayó en las manos de los mexica, el valiente y mas noble de los generales tlaxcaltecas.

Llamábase Tlahuilole.

Era un soldado de brios, y era un atleta.

Su *macuahuitl* pesaba tanto, que los hombres mas robustos apenas si lograban alzarla de la tierra.

Los enemigos de la república se aterrorizaban al verlo, y huían ante su presencia.

Huexotzincas y otomíes combatian una vez: los primeros habian asaltado una guarnicion de los segundos. Tlahuilole vino en auxilio de sus aliados, quienes acosados por los de Huexotzinco, corrian peligro de ser vencidos. El héroe tlaxcalteca, sin medir el peligro, se lanzó en la pelea blandiendo su formidable macuahuitl; y avanzando incautamente hasta mezclarse con los asaltantes, entró en un pantano, en donde por mas esfuerzos que hizo, no pudo salir á tiempo; y fué hecho prisionero, encerrado en una jaula, y conducido á la corte del tenochca.

Moteczuzoma II, sabedor de la valentía de Tlahuilole, queriendo tal vez atraérselo por medio de la gratitud, y quizá contar con él en lo futuro, como con uno de sus amigos, ó acaso, porque como cuentan los historiadores, sabia apreciar el mérito aun de sus propios enemigos, concedió al tlaxcalteca, no solo la vida, sino la libertad.

Pero Tlahuilole rehusó la gracia del tecuhtli, respondiendo que, cubierto de infamia, no volveria ante sus compatriotas; y que para no cargar con una vida ignominiosa, queria morir en honra de sus dioses.

Moteczuzoma aprovechó la oportunidad que le brindaba la arrogancia del tlaxcalteca; mantúvole en su corte bajo diversos pretextos, esperando que con el tiempo llegaria á utilizar el valor y la pericia de aquel guerrero, en bien de su corona.

Y vino un momento en que comenzaron á realizarse los deseos de Moteczuzoma.

Estalló una guerra entre los mexica y los de Michuacan, y el emperador dió á Tlahuilole el mando del ejército que envió á Tlaximaloyan, poblacion de la frontera de aquel país.

Tlahuilole atacó á los michuacanos, y aunque no pudo desalojarlos de sus posiciones, sí les hizo gran número de prisioneros, é innumerables y ricos despojos que llevó á la corte mexicana.

Moteczuzoma, como en premio de sus servicios, volvió á concederle la libertad. Tlahuilole la rehusó de nuevo. Moteczuzoma le ofreció entonces la dignidad de Tlacatecatl de su ejército: el leal republicano respondió, que si aceptaba ser general de los mexicanos haria traicion á su patria, y que él no habia nacido traidor.

Y á las nuevas instancias que el emperador le hizo para atraérselo, contestó que, no pudiendo llevar con ánimo tranquilo la nota deshonrosa de haberse dejado hacer prisionero, queria resueltamente morir, en el sacrificio gladiatorio, que le seria mas honroso que el otro, reservado á los prisioneros ordinarios.

Moteczuzoma II, ya vencido por la obstinacion de Tlahuilole, ya porque no pudo atraérselo para siempre, cedió á sus deseos, y señaló el dia del sacrificio.

A este sacrificio gladiatorio, solo se sentenciaba á los prisioneros mas famosos por sus hazañas ó por su valor.

En las grandes ciudades, en un lugar espacioso para que pudiese haber millares de espectadores, sobre un terraplen redondo de ocho piés de alto, habia una gran piedra circular de tres piés de espesor, lisa en su superficie, y adornada con algunas figuras en los costados.

A esta piedra llamaban *Temalacatl*.

Sobre ella, y atado en el centro de un pié, colocaban al prisionero destinado al sacrificio.

Un oficial ó soldado mexicano, con mejores armas que las que daban al prisionero, subia á pelear con él.

Y se empeñaba el combate: combate en que por la parte de la víctima, se deseaba vencer para escapar de la muerte y recobrar la libertad; combate en que el contrario apuraba toda su destreza para librar con vida, y no perder su reputacion militar: combate en que el amor propio y el deseo de vivir, luchaban ante aquella multitud ávida de esos espectáculos sangrientos, como la multitud de hoy es ávida de presenciar las ejecuciones de justicia.

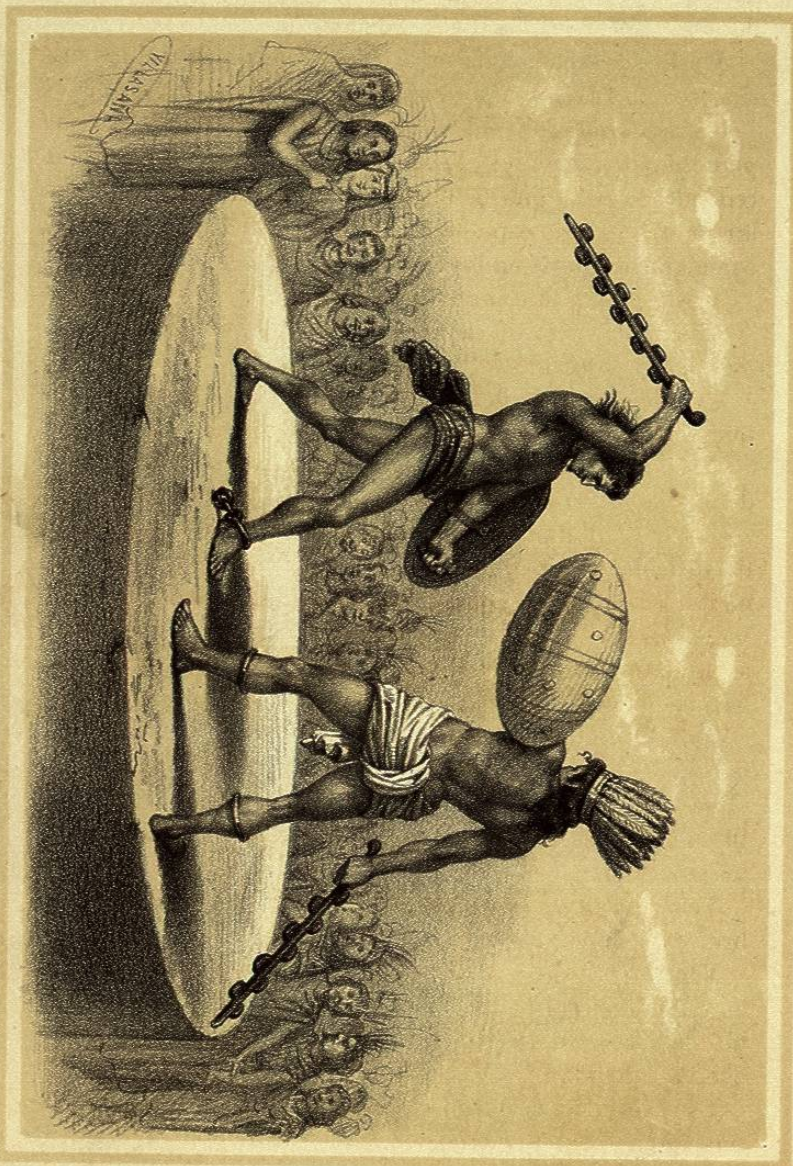
Vencedor el prisionero, que para hacerlo tenia que anonadar á siete guerreros que sucesivamente subian á pelear con él, se le concedia la vida, se le devolvia la libertad, se le restituia cuanto le habian quitado, y volvia lleno de gloria entre los suyos.

Vencedor el contrario de aquel, aplaudíale la muchedumbre, y recompensábale el rey con un ascenso militar.

Vencido el prisionero, muerto ó vivo, se apoderaba de él un sacerdote que se llamaba *Chalchiutepehua*, le llevaba al altar de los sacrificios ordinarios, le abria el pecho, y le arrancaba el corazon.

Ese sacrificio, al que, segun hemos referido, solo eran destinados los héroes, fué el que deseó Tlahuilole, y el que le

SACRIFICIO GLADIATORIO



LIT. DE H. RIARTES, MEXICO

fué concedido por Motecuhzoma, despues de tres años que el valiente tlaxcalteca residió entre los mexica.

Los preparativos de la funesta ceremonia duraron ocho dias, en que los tenochca la celebraron con bailes y otras fiestas.

Llegó, por fin, la hora.

Tracuilole subió á la piedra fatal, en donde, segun la ley, le ataron el pié dèrecho.

El pueblo, los magnates, el emperador, presenciaban el espectáculo.

Y un combatiente, y otro, y otro, y mas, subieron á luchar con el atleta republicano; y dió muerte á ocho, é hirió hasta veinte; y al fin, cayó medio muerto de un golpe en la cabeza.

El sacerdote, esa ave de la muerte de todas las religiones, se apoderó del héroe, le llevó ante el dios Huitzilopoztli, le abrió el pecho, le sacó el corazon; y luego, arrojaron su cadáver por las escaleras del templo, para cumplir con el rito establecido.

Así murió aquel valeroso caudillo, modelo del honor militar de aquellos tiempos, y de la fidelidad que en todo debe el hombre tener á su país.

XII.

La hambre, que ya otras veces habia affligido al imperio, le azotó de nuevo durante una de las campañas de Tlaxcala. La sequía perjudicó á la tierra en aquellos años (1502, 1503), y llegaron á faltar los granos para el consumo del pueblo (1504.)

Entonces, Motecuhzoma II tuvo una coyuntura para manifestarse espléndido con aquel pueblo al que tiranizaba, y hacía el que tenia esos arranques de liberalidad, acaso mas bien por mantenerlo dócil, que no por un sentimiento de benevolencia.

Abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo lo que contenian.

Y no bastando esto para sustentar la necesidad pública, permitió á sus súbditos que fuesen á otra parte á buscar los alimentos.

XIII.

En el año de 1505 recogióse en el imperio una cosecha abundante; y como los mexica no esperaban mas que tener llenos sus graneros para emprender nuevas guerras, marcharon á batir á Cuauhtemallan. La historia no dice ni los motivos ni el resultado de esa campaña, llevada á un pueblo que dista mas de novecientas millas de la ciudad de Tenoch.

XIV.

Y, mientras que los soldados del emperador se batían, ya por hacer nuevas conquistas, ya por castigar á los rebeldes, ya por tener prisioneros que sacrificar á sus dioses, el soberano empleaba á otros de sus vasallos, en construir obras que mejoraran el aspecto de la ciudad, ó que sirvieran para aumentar el culto de sus divinidades.

Durante la guerra de Cuauhtemallan, se acabó de fabricar el templo de la diosa Centeotl, en cuya inauguracion fueron inmolados los prisioneros hechos en aquella lucha; y por los mismos dias, el tecuhtli hizo ensanchar el camino que iba sobre el lago de México á Chapoltepec, y reconstruir el acueducto que habia en la misma direccion.

Los regocijos públicos á que dió lugar la conclusion de esas obras, se vieron perturbados.

Un rayo incendió la alta torre de un templo llamado *Zomolli*.

Los flautilucas y otros habitantes que residian lejos del templo, creyeron que el incendio era obra de algunos enemigos de la patria; y celosos defensores de sus hogares, se armaron para defenderlos.

Moteczuzoma II, que como todos los tiranos era suspicaz y desconfiado, atribuyó aquel celo á un oculto plan de los tlaltilulecas para rebelarse contra su autoridad; y para castigarlos, los despojó de todos los empleos públicos que tenian, y les prohibió presentarse en la corte.

Con todo, pasados algunos días, se calmaron sus temores y les restituyó los privilegios de que los habia privado.

XV.

La paz estaba lejos de reinar en el imperio: una revuelta sucedia á otra revuelta; una sedicion á otra sedicion.

Los mixtecas y los zapotecas se alzaron contra Moteczuzoma: los nobles Cetepactl, señor de Coaixtlahuacan, y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan, se pusieron al frente de aquellos pueblos, matando á traicion á las guarniciones mexicanas.

Moteczuzoma envió contra ellos un grande ejército de mexicanos, texcucanos y tepanecas, cuyo mando dió á Cuixtlahuac, su hermano, y despues su sucesor.

El ejército destruyó á los rebeldes; tomóles muchos prisioneros, entre ellos á sus jefes, cuyas ciudades fueron saqueadas; los cautivos fueron sacrificados; el señorío de Tzotzollan fué dado á Cotzacaquahutli, hermano de Nahuixochitl, porque fué fiel á su rey antes que á su sangre; y Cetepactl no sufrió la muerte, hasta que reveló quienes eran sus cómplices, y cuáles sus designios.

Pasados algunos dias estalló una discordia entre dos pueblos, antiguos aliados, amigos y vecinos.

Los huexotzincas y los chololtecas se dividieron: la histo-

ria no dice por qué; pero se dividieron y vinieron á las manos: dióse una gran batalla campal, en la que los huexotzincas obtuvieron la victoria.

Los chololtecas abandonaron el campo, y corrieron á cerrarse en su capital; y sus enemigos los persiguieron, y les mataron mucha gente, y les quemaron muchas casas.

Después de su victoria, los huexotzincas se arrepintieron de miedo del castigo que imponerles pudiera el emperador; y para librarse de él, enviaron á México á Tolimpaneatl y á Tzoncoxtli, embajadores encargados de hacer aparecer como culpables á los chololtecas. Los embajadores exageraron la situación de los chololtecas, pintándolos enteramente destruidos, hasta el grado de hacer creer que los pocos que existían vagaban fuera de la ciudad. Motecuhzoma, que era supersticioso, se afligió, no tanto por la destrucción de Cholollan, sino por temor de la venganza que tomar podría el dios Quetzalcoatl, cuyo reverenciado templo creyó profanado por los huexotzincas.

Espantado como se hallaba, tomó consejo de los reyes sus aliados, y envió á Cholollan una comisión que, levantando informes se los trasmitiese. Descubierta la exageración, se llenó de ira, y mandó un ejército sobre Huexotzinco, ordenando que se castigara duramente á los habitantes, si no le satisfacían.

Los huexotzincas temblaron, y salieron á recibir á los mexicanos, cuyo general se adelantó, y les dijo:

—Nuestro señor Motecuhzoma, que tiene su corte en medio de las aguas; Netzahualpilli, que manda en las orillas del lago; y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan decirnos que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholollan y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl.

Los huexotzincas confesaron la exageración de la noticia, disculparon á su ciudad, y castigaron á los embajadores

cortándoles las narices y las orejas, pena de los propagadores de falsedades contra el bien público, y por fin los entregaron á los mexicanos.

Los de Atlixco también se rebelaron contra la corona, y su suerte fué mas dura que la de los huexotzincas, pues los mexicanos los derrotaron haciéndoles gran número de prisioneros.

Esos desdichados sirvieron para ser sacrificados en la fiesta secular que cayó en aquellos días; última fiesta de la renovación del fuego, y la mas solemne que celebraron aquellas gentes. (1506).

XVI.

Las tropas imperiales continuaron en 1507 las guerras contra los pueblos comarcanos. En esta vez, la invasión fué contra Tzolan y Mictlan pueblos de la Mixteca. Débiles los habitantes para resistir la poderosa avalanche que se derumbó sobre ellos, huyeron á los montes, sin que los mexica sacaran mas fruto de su campaña, que algunos prisioneros de los que no pudieron abandonar las poblaciones.

Los tenochcas volvieron sus armas contra los de Cuauhquecholac, que se habian rebelado; les subyugaron de nuevo, y les hicieron tres mil doscientos prisioneros.

Allí, en esos combates en que los mexica perdieron algunos de sus valientes caudillos, dió grandes pruebas de bravura el tlacatecatl de los imperiales, príncipe Cuitlahuatzin.

Los prisioneros fueron sacrificados en la fiesta de Tlacaxipehualiztli (desolladura de hombres), que verificaban en el segundo mes mexicano, y en la inauguracion del templo Zomolli; que despues del incendio causado por el rayo, fué suntuosamente reedificado.

En 1508 el ejército azteca, unido á sus aliados los acolhuas y tepanecas, marchó sobre la lejana provincia de Amatlan.

Encontróse en el camino con la necesidad de ascender á una elevada montaña; y cuando todas las tropas se hallaban en la altura, se desató una furiosa tempestad de nieve que mató á millares de soldados, ya con el frio, ya con los árboles que arrancaba el vendabal.

Y no bastó esa calamidad, porque el disminuido ejército pereció, casi todo, en las batallas.